ENTREGAS DE POESÍA

23

BARCELONA
1946

LEOPOLDO DE LUIS

LAUREL

(Homenaje y elegía)

ENTREGAS DE POESIA. – 23

A J. L. G., por su libro
"Voz última".

I

1

(Dedicatoria)

VA tan honda mi sangre, camarada,
cantándome por dentro tu congoja
que golpea mis pulsos, hoja a hoja,
tu libro como fiebre o como espada.

Que me corta la voz tu voz salvada,
tu palabra crecida como roja
casta azucena que la sangre moja
en presentida muerte acribillada.

Van tan hondas tu voz, tu poesía,
tu fe, tu vocación y tu heroismo
que mis ojos no miran tu grafía

porque son los del alma —íntimos, rojos
los que leen tus versos en mí mismo
sin voz, sin letras, sin papel, sin ojos.

2

(Laurel)

UN árbol nuevo su virtud convida
en el paisaje en que la sangre vierte,
entre el lago tranquilo de la muerte
y el río caudaloso de la vida.

Arbol, raíz o sangre florecida
por savia que a la sangre se revierte,
y por la sien en pulso se convierte
para buscar su centro de partida.

Un árbol, un laurel, el pecho ciñe
cuyas hojas la sangre-savia tiñe
y abraza el corazón de parte a parte.

A ti, como a un heleno héroe querría
por este temple de valor y hombría
la roja rama del laurel brindarte.

3

(Sino)

TRISTE bajel tu sombra navegante
en este turbio mar. Joven marino.
Argonauta en las naves del Destino
a una Cólquida siempre más distante.

¿Qué triste, heróico sino mareante
levó tu ancla para herir tu lino?
¿Qué espejismo de nuevo vellocino
arrastraba tu amor hacia adelante?

Grumete de las dulces travesías.
Capitán de galernas y porfías.
Piloto para el mar de otra odisea.

Vestido de victoria pude verte,
cual lo estás de heroismo, si la muerte
no te hiciera traición, falsa Medea.

4

(Ejemplo)

ESTA tarde sin nombre, indiferente,
anodina y revuelta en sucio viento,
que sorda de pigricia y desaliento
se escapa ya, perdida en el poniente,

te he sentido cruzar calladamente
por el recinto de mi pensamiento
y es tu mano fraterna la que siento
como amable consuelo por mi frente.

Amigo: hoy adivino tu alma hermana
desnuda y limpia frente a tánta insana
pasión, segura frente a tánto abismo

Faro de luz y surtidor de hombría
que contagia y anega este alma mía
en azules estrellas de heroismo.

5

(Muerte)

EL dulce sauce del silencio vierte
sobre tu cuerpo sombra verde y fría
y el tibio llanto que el amor deslía
hiela en desnuda voz lenta la muerte.

La noche es en tus ojos luz inerte.
Fué torre de tu sangre el mediodía.
No hubo crepúsculo en tu sol: podía
sombra matarte pero no vencerte.

Albas mañanas que tu infancia abriera
qué remotas se pierden en olvido
bajo tu rota, heróica primavera.

De este sol a esta luna, de este fuego
a este hielo, tu vida ha florecido
como una rosa que ahora en llanto riego.

6

(Heroismo)

LA muerte es del silencio paralela,
pero el silencio dulce canto vierte.
Dime, ¿qué voz entonará la muerte
cuando lleva el martirio por estela?

¿Qué cantar —dime— entonará si vuela
en alas de heroismo, si se advierte
cómo sin que ni un ángel se despierte
la música del cielo se desvela?

La muerte y su heroismo; qué siringa
invisible legión de ecos congrega
por encima del tiempo y del olvido...

Antes que el río del dolor se extinga
la muerte en armonía se disgrega
y el héroe vuelve en ejemplar sonido.

7

(Lejanía)

EN la plata antigua del aire, bandeja,
donde incrusta su oro el sol de poniente,
occiduas guadañas cercenan la vieja
camelia del día, marchita y doliente.

Con pasos de sangre tu nombre se aleja
hacia el frío ocaso del eterno ausente.
Tu nombre en mis labios más que nombre es queja
por el día muerto, paralelamente.

Verdes rosas crecen en el alto cielo
prendiendo sus luces en el negro pelo
de la noche lenta, presentida, oscura.

Tu nombre en la noche que siega tu gloria
remonta la cima fiel de la memoria
para ser la estrella de la luz más pura.

II

1

(Luz del recuerdo)

TARDE gris. Turbia. La fría
lluvia en sordo tamboril.
El cierzo sopla el candil
ya tembloroso del día.
¡Qué opaca monotonía
descuelgan los blancos hilos!
Cómo enciende sus berilos
en los cielos ideales
tu recuerdo: cien puñales
que me hieren con sus filos.

2

(Dolor de la gloria)

ALTA noche. Voz de abismos
viene herida de presagios
fatales, ciega en naufragios
de quebrados espejismos.
Voz sembrada de heroismos
tu nombre me trae, me lleva.
Tu nombre, como una esteva
arándome la memoria.
Cómo me duele tu gloria
en la que la muerte abreva.

3

(Luz del llanto)

ALBA pura. Y una huella
de sangre en el virgen cielo.
Aves del dolor, su vuelo
hoz de la aurora degüella.
Alba y sangre. Y una estrella
quiebra su azucena pura
adolescente en oscura
hoja de muerte y acanto.
Luz amanece de llanto
en paisajes de amargura.

III

1

(Elegía)

LA luna inmóvil en la sombra verde
vela lo inútil de tu muerte incógnita
y el silencio florece entre tus labios
como una oscura y entreabierta rosa.

Qué lento va el vacío de tus ojos
helando de desnudas claridades
la blancura de un alba no nacida
que ya jamás conocerá tu sangre.

En tu frente de mármol y en tus sienes
donde se ha roto ese cristal del pulso,
donde dejó de ser temblor la vida,
ha puesto su mancilla el barro impuro.

Y tus manos morenas como espigas
de gigante y humana sementera,
del viento la invisible falce empuñan
con sus dedos de oficio y herramienta.

Qué muerto estás sobre la muerta noche,
qué imposible de canto y de memoria,
qué abrazado al martirio de la tierra
que te reclama a su raíz más honda.

Ya no eres más que muerto, sólo muerto.
Muerte sin nombre. Muerte sin palabras
Mañana ya ni eso: serás sólo
carne de pino, olor de hierba, nada.

2

I

EL silencio es el ángel que te habita,
las rosas del recuerdo, tu corona,
invisible tal vez, mas no marchita.

Este llanto por ti —Juan— que pregona
el amargo vacío de tu ausencia
el fértil campo de tu ejemplo abona,

y este gesto de rabia e impotencia
helando en nuestros rostros el coraje
es huella de tu marcha, transparencia

de la angustia de verte en ese traje
de mártir y de héroe, mortaja
con que emprendiste el sin retorno viaje.

II

Espesa sombra al corazón me baja,
en espantosa noche el alma anega
y el mundo todo en lutos amortaja.

La humanidad de sangre y odio ciega
está; como un Moloc, como un Saturno,
rosas, árboles, hombres, tala y siega.

¿Quién en este paisaje taciturno
la luz descubre —Juan— más verdadera
que desgarre la entraña a este nocturno?

Quien como tú la vió, quien la certera
flecha supo clavar en la diana
y salvó el alma de la duda artera,

acaso escrito esté que una mañana
deje entre plomo su ilusión más pura
contra el terrón que lo parió y lo gana.

y al quebrarse su tallo, su figura,
y al verterse su sangre generosa
se lleve para siempre hacia la altura

la mágica virtud, la luz hermosa
que supo descubrir donde nosotros
sólo tiniebla vemos pavorosa.

III

Juan: por el dulce campo ya los potros
alegres de la nueva primavera
piafan y corren... ¿Los veréis vosotros?

Los que habitáis esa región cimera
del silencio infinito, tan ignota,
¿nos veis sobre esta tierra pasajera?

¿veis cómo el viento de la duda azota
nuestro pobre estandarte y este perro
de la envidia nos muerde y nos derrota?

¿Contemplais —Juan— aún este destierro?
Si puedes verlo —Juan— verás que el prado
se ha vuelto verde y al vecino cerro

lo corona un almendro plateado
y la cigüeña en cruz sobre los cielos
retorna de las torres al tejado.

Si es esto Primavera, Juan, si hielos
del invernal acoso no han podido
abrasar las raíces de estos suelos

y hoy otra vez el campo ha sonreído
y la tierra nos da su nuevo fruto
como el retorno de un amor perdido,

en holocausto y trágico tributo,
tu muerte es también —Juan— la Primavera
que ha de brotar un día de este luto.

Tu cuerpo —Juan— tu cuerpo hecho bandera
en el viento de fría madrugada
semilla es ya bajo la tierra entera.
Cosecha un día —acaso— bien granada.